

Mérida Jiménez, Rafael M., *Transmisión y difusión de la literatura caballeresca. Doce estudios de recepción cultural hispánica (siglos XIII-XVII)*, Lleida, Universitat de Lleida, 2013, 214 págs.

María Coduras Bruna
(Universidad de Zaragoza)

Rafael M. Mérida Jiménez ofrece en este libro una recopilación de doce de sus trabajos dedicados a la literatura caballeresca desarrollada en los reinos hispánicos durante los siglos XIII al XVI. Estos se organizan en tres bloques: 1) *De los manuscritos a la imprenta*, en el que Mérida valora las difusiones de la materia de Bretaña y las letras clásicas en las Coronas de Aragón, Castilla y Portugal; 2) *Temas y fuentes*, en el que analiza la pervivencia del ideal caballeresco y apunta las deudas existentes en textos clásicos, hasta llegar al *Quijote*; y 3) *De los incunables a los post-incunables*, en el que evalúa el impacto de la imprenta en autores, obras y lectores entre 1474 y 1516, tiempo en que se amplía el concepto de “cultura caballeresca”, y reflexiona sobre las transformaciones materiales, literarias y simbólicas que propiciaron “los nietos de Gutenberg” (p. 9).

1. En «Las difusiones ibéricas de la materia de Bretaña» (pp. 13-34), Mérida ofrece un panorama de las difusiones ibéricas de la materia de Bretaña centrandó su interés en los ciclos de la *Vulgata* (*Estoire del Saint Graal*, *Estoire de Merlin*, *Lancelot*, *Queste del Saint Graal* y *La mort le roi Artu*) y de la *Post-Vulgata* (readaptación de las tramas de *Merlin*, la *Queste* y *La mort le roi Artu* de la *Vulgata*). Sitúa las tres vías fundamentales de penetración de la materia de Bretaña en la Península Ibérica en 1) las peregrinaciones europeas a Compostela, que supusieron un intercambio cultural y artístico intenso; 2) los contactos entre las noblezas y las realezas hispánicas y sus homólogas francesas e inglesas; y 3) la presencia de trovadores y juglares que cantaron y compusieron temas relativos al universo artúrico y tristaniano; y presta atención, en cada caso, a los testimonios en lengua catalana, gallega, portuguesa y castellana de los textos que, de otro lado, quedan consignados y descritos en un listado final referente al ciclo de la *Vulgata* (c. 1215-1230) y de la *Post-Vulgata* (c. 1230-1240). En definitiva, Mérida observa que se produjo una prioridad cronológica en lengua catalana durante la segunda mitad del siglo XIII y comienzos del XIV, y que la difusión de la materia de Bretaña, aunque continuara agradando a los lectores, fue más modesta y menos

fructífera literariamente en la Corona de Aragón que en Castilla durante la segunda mitad del siglo XV en lo que respecta al volumen de traducciones, adaptaciones y recreaciones.

2. En «Los testimonios tristanianos y sus ediciones» (pp. 35-44), el autor brinda un panorama de lo que fueron los testimonios y las ediciones tristanianas en la Península Ibérica. Parte de la base de que no existe un consenso crítico sobre la prioridad cronológica de las posibles vías de penetración de estos testimonios, dada además su disparidad y la dificultad para determinar sus modelos originales. Afirma que se ha venido defendiendo, de un lado, una vía de penetración genuinamente francesa en Galicia o Portugal, independiente del resto de testimonios ibérico-románicos medievales de las Coronas de Castilla y de Aragón, que han provocado un gran debate. En conclusión, la tesis más aceptada acerca de la difusión de los *romans* tristanianos en lengua castellana es aquella según la cual penetrarían a través de un único modelo que se bifurcaría o de dos modelos diferentes: 1) el manuscrito vaticano, y 2) el resto de textos manuscritos e impresos. Otra explicación de la doble filiación es la defendida por Cuesta Torre que determina que a partir de una versión peninsular perdida surgirían dos ramas: la del *Tristán* vaticano y la que ofrecerían los dos testimonios catalanes y los impresos castellanos. En definitiva, la materia de los *romans* tristanianos fue adaptada en la Península a lo largo de dos caminos diferentes: uno a través de Galicia y otro a través de Castilla. Finalmente, Mérida ofrece un listado de los testimonios tristanianos en lengua catalana, gallega, portuguesa y castellana.

3. En «Merlín el Católico» (pp. 45-70), Mérida manifiesta cómo las profecías de Merlín constituyen uno de los pilares del entramado maravilloso del *roman* en tanto que género literario. Merlín se introdujo en los textos cronísticos e historiográficos con notable relevancia como una autoridad profética, así como en la poesía compilada en los grandes cancioneros del siglo XV (Gonzalo Martínez de Medina, Alfonso Álvarez de Villasandino). A la par, su figura proseguía su andadura como personaje novelesco en la Castilla del siglo XV (la *Suite de Merlin* de la *Post-Vulgata* y su versión castellana, el *Baladro del sabio Merlín*), textos en los que se produce el proceso de cristianización que caracterizó a sus modelos originarios franceses. La materia profética adquirió enorme importancia en torno a la figura de los Reyes Católicos que se valieron de conceptos como *mesianismo*, *milagro regio* o *providencialismo* durante su reinado, especialmente Fernando, erigido en el “monarca universal”. Sin embargo, en tiempos de los Reyes Católicos la figura de Merlín quedó eclipsada a pesar de que su magia seguía presente en el universo de la ficción sentimental. En definitiva: “que Merlín sobrevivió durante centurias resulta evidente, aunque domesticado, y en el caso de la Castilla de fines del siglo XV y principios del XVI, hubiera podido compartir con Isabel un cierto catolicismo, aunque también, a veces, fáctico, ficticio o devaluado” (p. 69).

4. En «Lecturas en la corte de Isabel I» (pp. 71-84), el autor se propone reflexionar sobre la encrucijada y las interrelaciones que se derivan de la presencia de las lecturas clásicas y el imaginario caballeresco en la corte regia. De un lado, la promoción directa de la lengua latina por parte de la casa real a través de su aprendizaje y estudio (especialmente de las *Introducciones latinae* de Nebrija), que vino acompañado del mecenazgo directo mediante el patrocinio de proyectos inspirados por la reina, o del mecenazgo indirecto. De otro lado, la difusión de los textos clásicos durante este período (*Ética* de Aristóteles, *Comentarios* de Julio César, *Fábulas* de Esopo, *Crónica troiana* de Leomarte, *Vidas* de Plutarco, *Proverbios* de Séneca, *Églogas* de Virgilio, etc.), que lleva a las siguientes conclusiones: 1) buena parte de las obras impresas son textos apócrifos medievales, 2)

el número de poetas es muy reducido, 3) las versiones impresas son antiguas pues los traductores formaban parte de una generación anterior, y 4) existe escaso conocimiento de la lengua griega. Así, resulta evidente “a tenor de este somero resumen, que los clásicos griegos y latinos gozaron de escasa fortuna entre la aristocracia de la Castilla de fines del siglo XV que no pudiesen disfrutar los textos originales y que el latín fue, sobre todo, una lengua de comunicación internacional política, de educación nobiliaria y universitaria, o, claro está, de formación religiosa cristiana” (p. 78). Por último, no deben olvidarse las lecturas caballerescas de la reina Isabel; en este punto Mérida propone nuevas vías de estudio: 1) el establecimiento de nuevas subordinaciones entre muchas obras escritas, adaptadas o traducidas por hombres que buscaron o recibieron el patrocinio femenino, 2) la potenciación de los mecanismos a través de los cuales este mecenazgo se centró en la corona de Castilla o se trasvasó a los reino de Fernando, 3) la valoración de la directa mediación de la reina en el notorio puesto ocupado en la corte castellana por personajes como Nebrija, Hernando de Talavera, el Cardenal Cisneros o los humanistas italianos, 4) la ponderación de los efectos más perniciosos que la cultura española sufrió como consecuencia de la personalidad política y el ideario religiosos de la reina, y 5) el rastreo de los rasgos de su soberanía femenina para releer los textos caballerescos.

5. En «El primer antifaz de la literatura española» (pp. 99-104), Mérida analiza el primer episodio en el que aparece el antifaz en la literatura española, sito en el capítulo 42 del Libro Primero del *Amadís de Gaula*, y lo hace a la luz de los procedimientos artísticos en los que el disfraz, el cambio de nombre o el falseamiento de la identidad se convierten en motor de la trama novelesca. Relaciona este motivo con los sobrenombres de Amadís (Doncel del Mar, Beltenebros, Caballero de la Verde Espada, Caballero Griego) para evocar ese repetido estado de ocultamiento, de la *incognitio*. Concluye que a partir del análisis de este episodio se puede comprender “la oposición entre la cultura eclesiástica, de un lado, y la cultura folclórico-carnavalesca y la novela artúrica, por otro”, además de “captar el sentido ideológico de los cambios de identidad de Amadís” (p. 103).

6. En «Monasterios y ermitas en *Amadís de Gaula*» (pp. 105-116), Mérida realiza un estudio de las encrucijadas narrativas e ideológicas más relevantes que sugieren la presencia y la funcionalidad de dos arquitecturas emblemáticas, monasterios y ermitas, en el *Amadís de Gaula*. Tanto cualitativa como cuantitativamente, la presencia de monasterios y monjes es menor a la de ermitas y ermitaños, tal y como ya sucedía en la narrativa artúrica francesa, aunque esta aumenta en el *Amadís* del Libro Primero al Libro Cuarto. De un lado, en torno al espacio monasterial, se producen dos fenómenos que trascienden su habitual irrelevancia: 1) la funcionalidad de las donaciones y de las fundaciones de estos centros religiosos, y 2) la reconversión de una ermita en monasterio. De otro lado, “las ermitas ostentan un rango muy superior en la construcción y el desarrollo de la trama narrativa, y los ermitaños, en oposición a los escasos y desdibujados monjes, podrán adquirir incluso una notabilísima caracterización individual” (p. 109). En cuanto a los tipos de ermitaño, se hallan dos fundamentalmente: 1) aquel que cumple la función de ofrecer residencia y alimento a los caballeros, y 2) aquel, más relevante, que pertenece a una esfera más narrativamente religiosa (confesión, oración, celebración de misas). Por último, Mérida analiza someramente las figuras de los ermitaños Andalod y Nasciano, salvador y preceptor de Esplandián y “la más brillante y compleja representación de todos los personajes de la órbita religiosa que se mueven en el *Amadís de Gaula*” (p. 113).

7. En «Legados de una (Des)conocida» (pp. 117-130), el autor analiza el sincretismo que revelan los orígenes de Urganda la Desconocida. De hada benefactora del héroe en sus primeras apariciones en el *Amadís de Gaula*, a auxiliar directo y a la encarnación de un modelo progresivamente más cortesano, hasta convertirse en consejera regia y portavoz de la ortodoxia religiosa en el Libro Cuarto y en las *Sergas* en un proceso de cristianización que responde a la nueva ideología de Montalvo que reevalúa el universo sobrenatural del imaginario medieval. El autor analiza brevemente su aparición en las continuaciones del ciclo amadisiano y se centra en su función en el *Quijote* cervantino y el de Avellaneda (en este último junto a otros magos como Lirgandeo y Alquife). Para Cervantes, Urganda es solamente la profetisa de los versos de cabo roto iniciales y la sabia invocada que debe curar las heridas del héroe, mientras que para Avellaneda llega a ser motor de la acción durante el periplo zaragozano de don Quijote y evidencia una filiación con la estirpe celestinesca (se define en términos de “puta vieja del tiempo de Mari Castaña”). En conclusión, “el *Quijote* cervantino transformó la herencia amadisiana al abrirle nuevos senderos y modernizar sus cauces y caudales, mientras que el *Quijote* de Avellaneda fosilizó esa misma tradición al negarle su fondo y su forma” (p. 130).

8. En «Las virtudes exteriores de Pero Niño» (pp. 87-98), Mérida gira en torno a una escena intercalada en el final del capítulo 29 de *El Victorial*, “uno de los más enigmáticos de las andanzas militares y cortesanas narradas en los noventa y siete capítulos en que se divide la narración” (p. 89), para explicar las virtudes exteriores de Pero Niño. Este episodio prelude una descripción física, psicológica y moral del protagonista, ejemplo de virtudes. Sin embargo, Mérida se centrará fundamentalmente en el valor profético de un personaje innominado que aparece en la narración, un peregrino italiano construido sobre la trayectoria ejemplar del caballero en el ambiente de creciente ortodoxia cristiana de la Castilla de finales del siglo XIV y principios del XV. El realismo vivencial de *El Victorial* impide la transformación de este personaje en un verdadero profeta que, a medio camino entre la cristianización y la racionalización, desempeña un papel anticipatorio de la trama revestido de una serie de rasgos distintivos, como el hecho de ser extranjero y peregrino.

9. En «Las ejemplares historias fingidas de Montalvo» (pp. 133-162), el autor analiza la figura de Montalvo y su labor de refundidor ahondando en diferentes aspectos biográficos. Desde este enfoque, la refundición del medinés adquiere una nueva significación, alejada del papel en extremo limitado que a veces la crítica le ha concedido. En una comunión de los rasgos personales y literarios se vislumbra un nivel de interpretación del *Amadís de Gaula* ligado a la ideología difundida por los Reyes Católicos. Montalvo estaría definiendo indirectamente el nuevo género de la “historia” que representa su texto, el cual incluye “historias fingidas” y buenos ejemplos mediante un proceso de cristianización y racionalización que permitiría que seleccionáramos entre verdad y mentira, como muy bien se aprecia en el carácter didáctico de su prólogo. Este prólogo ayuda a situar la cultura caballeresca de Montalvo en unos enclaves literarios, históricos, sociales e ideológicos y contribuye a plasmar un retrato más ajustado al autor: “regidor y miembro destacado de una familia de Medina del Campo, villa que mantenía una relación privilegiada con su reina (...), admirador de las actividades de sus monarcas, lector de textos dispares, conocedor del renovado impulso de la caballería y testigo de los acontecimientos que fraguaron la progresiva consolidación de la Corona de Castilla durante el último cuarto del siglo XV” (p. 162).

10. En «De *Tirant lo Blanch* a *Tirante el Blanco*» (pp. 163-190), Mérida describe los dos ejemplares de la traducción castellana anónima del *Tirant lo Blanch* de Martorell (Valladolid: Diego de Gumiel, 1511) conservados en la Biblioteca de Catalunya y en el Museo Massó de Vigo (actualmente en la Biblioteca del Cigarral del Carmen de Toledo), y advierte las diferencias que separan el impreso de sus modelos incunables. El autor incide en la relación de las novedades con el *Amadís de Gaula* y ofrece un listado de la segmentación de capítulos del *Tirant*, en el que se observa cómo la versión de la novela de Martorell sufre un proceso de abreviación, y una tabla con las correspondencias del repartimiento del original, así como las agrupaciones. Estos materiales evidencian cómo la reimpresión de 1511 estaba vertiendo la novela valenciana en un nuevo molde, muy cercano al amadisiano y al de los nacientes libros de caballerías. En definitiva: “la versión castellana del *Tirant lo Blanch* fue realizada probablemente por un solo traductor a partir de la segunda impresión incunable, precisamente la de Diego de Gumiel (1497) –no la valenciana de 1490-, y testimonia un conocimiento más que aceptable de la lengua original y una prudente actitud de adaptación a los usos idiomáticos de la sociedad castellana de principios del XVI” (p. 189).

11. En «La estética realista de *Floriseo*» (pp. 191-206), Mérida profundiza en la estética del *Floriseo* (1516), libro de caballerías en el que Fernando Bernal combina los arquetipos heroicos iniciales del ciclo amadisiano con sus encarnaciones más novedosas. El escaso eco del *Floriseo*, que nunca fue reimpresso aunque contó con una continuación (*Reimundo de Grecia*, 1524), se ha explicado precisamente por ese realismo del texto, el mismo de otros títulos caballerescos impresos en Valencia durante el primer cuarto del siglo XVI que “apuntarían más hacia un “realismo” de estirpe tirantiana que hacia un “idealismo” de corte amadisiano” (p. 194). Sin embargo, Mérida busca otras razones además de ese factor realista, de orden tanto técnico como histórico, discursivo, ideológico y editorial. Con tal fin analiza dos episodios del *Floriseo* protagonizados por el héroe homónimo, sitos en los capítulos 31 y 40-42, en los que aparecen los antihéroes Bucarpia y Paramón. En conclusión, “a la luz de los títulos que alcanzaron un mayor éxito durante el siglo XVI, cabe pensar que estos detalles no hubieran sido despreciados si Fernando Bernal los hubiera adaptado a un universo caballeresco en donde la presencia de la materia sentimental (...) y la presencia de un universo maravilloso menos racionalizado y cristianizado (...) no hubieran sucumbido a un didactismo religioso que fue perdiendo el entrelazamiento como mecanismo de organización estructural de las aventuras en beneficio de la linealidad de la trama y que derivó en una creciente incapacidad de potenciar el entretenimiento para los laicos” (p. 206).

12. En «Los libros de caballerías en América (1492-1516)» (pp. 207-213), el autor reflexiona sobre las aportaciones consagradas a analizar la dimensión literaria y la difusión de la cultura de los súbditos de Castilla que fueron desembarcados en tierras americanas hasta 1516, época de transición entre el universo medieval y el renacentista. Sabemos que los libros de caballerías llegaron a América a pesar de la censura, si bien su máxima repercusión se produjo en la tercera década del siglo XVI. Solo a partir de 1508 puede hablarse de la expansión del género caballeresco que pretendía vincularse a una nueva realidad cortesana que alimentaba las hazañas y conquistas. Entre ellas, se encuentran algunos de los primeros militares que contemplaron sus conquistas bajo el efecto de una nueva cultura literaria (Cristóbal Colón, Pedro Mártir de Anglería, Ponce de León). Así se explicaría también el auge de la imprenta sevillana de los Cromberger, punto de partida de la aventura del Nuevo Mundo. Solo a partir de la ascensión al trono del emperador Carlos los libros de caballerías iniciaron su adaptación a las nuevas geografías, y entre sus lectores se encuen-

tran los conquistadores que vivieron sus conquistas como si fuesen *amadises* y como recreadores de las hazañas de Esplandián.

En definitiva, se hallan en esta obra de conjunto un buen número de trabajos que resultan de enorme interés para el investigador ocupado en cuestiones caballerescas. Su recopilación facilita sobremedida el acceso a los mismos, publicados hasta ahora de manera independiente en otros lugares.